

Excelentísimo alcalde de Santo Domingo, autoridades, queridísimo Paco, queridos miembros de la Cofradía de la santa vera cruz y del resto de cofradías, amigos, señoras y señores muy buenas tardes a todos y muchas gracias por su asistencia.

No pueden ustedes imaginarse lo feliz que me hace acompañarles, esta tarde, en un acto tan importante y especial para todos nosotros aquí en este convento de San Francisco.

Y lo es, más si cabe, en el momento que vivimos, un tiempo sombrío y de incertidumbre que parece no tener fin y en el que las guerras, las dudas y las malas noticias parecen haberse instalado para siempre en nuestras vidas y lo ocupan y contaminan prácticamente todo.

Así que confío en que les ocurra como a mí y que este tiempo de cuaresma les llene de paz y esperanza, en este viernes de dolores y a las puertas de la semana santa, unos días intensos en los que personalmente pienso que encontraremos razones que nos ayuden a

remontar el vuelo y a recuperar la ilusión y sobre todo a encontrar sentido a muchas de las cosas que nos pasan y aliviar así el peso de las cruces que todos cargamos y que a veces nos pesan demasiado ¿verdad?

Ojalá, aprovechemos los días de silencio y oración que tenemos por delante para detenernos a reflexionar y a pensar en lo sencillo, lo cercano y lo importante, así nos lo ha pedido el Papa Francisco, en estos días, marcados además por la gracia de este año jubilar en el que nos pide también que caminemos juntos como peregrinos de esperanza. Y de eso en esta tierra sabemos mucho. Sigamos rezando por Francisco y por su salud para que se recupere pronto porque el mundo le necesita.

Esta tarde, quiero que mis primeras palabras sean de recuerdo y de afecto y cariño para el joven Javier Marquez y para su familia. Y quiero también ofrecer este pregón por ellos. Preparando esta intervención he pensado mucho en Javier, en su familia, sus amigos y sus vecinos y he rezado mucho por ellos. Hace un

año este pregón se suspendía porque lamentablemente llegaban las peores noticias. Confiemos en que el santo le haga llegar a nuestro padre del cielo todas nuestras plegarias y peticiones para que Javier esté con él cuidando de todos nosotros. A él le dedico esta tarde, con toda humildad, mi pregón y también a todos los vecinos de esta ciudad que pasan por momentos difíciles y están sufriendo.

Quiero también manifestar mi más profundo respeto a quienes me han precedido en este acto de exaltación de la semana santa. Una lista a la que me siento enormemente orgullosa de pertenecer.

Y quiero también dar las gracias públicamente a mi querido amigo Paco Suárez, Párroco de Santo Domingo por su empuje y su confianza. Haces querido Paco muchas cosas buenas por esta ciudad, por su parroquia y sus vecinos. Y como no, por su Semana Santa, a punto de comenzar y que todos esperamos un año más expectantes y con los brazos abiertos.

Porque habrá, queridos amigos, de nuevo semana santa y será muy especial y los cristianos estamos llamados a vivirla en profundidad, a compartirla y a celebrarla por todo lo alto.

Les confieso que anunciar la llegada de la Semana Santa y ser su pregonera en Santo Domingo, este año 2.025, es para mí un honor muy grande. Primero fue Calahorra, después Logroño y hoy la joya del camino de Santiago en La Rioja, la ciudad del Santo, tercera sede catedralicia de nuestra diócesis, a la que llego inmensamente emocionada y feliz porque les adelanto que, esta tarde, la periodista que les habla, se presenta ante ustedes con buenas noticias.

Seguro que estarán de acuerdo conmigo en que necesitamos más que nunca, noticias que nos ayuden a levantar el ánimo. Yo por lo menos, y les hablo en primera persona, necesito escucharlas y también, compartirlas y contarlas. Y este pregón me brinda la

oportunidad para hacerlo y estoy profundamente agradecida.

Les hablo ¡Atención! de la única noticia capaz de cambiar nuestras vidas y de llenarnos de luz y esperanza. Les propongo, si me lo permiten, que esta noticia ocupe desde hoy, la primera página, la portada a todo color, de nuestros corazones y que contagiemos a los demás la alegría que nos da ser cristianos hoy, aquí y ahora, a pesar de las dificultades que encontramos para ello cada día.

Y así he preparado este tiempo de cuaresma, con la ilusión de encontrarme esta tarde con todos ustedes. Lo que viene conviene, es una frase que quienes me conocen saben que repito continuamente en el día a día y que hoy cobra especial sentido para mí porque este último año ha sido complicado y difícil. Aunque también de mucho crecimiento y discernimiento.

Y así, con tanta sinceridad, les voy a hacer, si ustedes me lo permiten, la pregunta que me

hago yo todos los años por estas fechas cuando se acerca la semana santa.

¿Qué creen que pasaría si Jesús volviera hoy, más de dos mil años después y se presentara en cualquier rincón del mundo? Lo haría entre bombas, desastres naturales, inmigrantes que buscan un lugar en el que refugiarse, muchos de ellos menores a los que ha puesto en el centro nuestro Obispo Don Santos defendiendo sus derechos y su integración, terrorismo, violencia, pobreza, injusticia, soledad...

No me negarán que hay que estar completamente loco de amor para querer venir a entregarse por nosotros, que muchas veces damos la espalda a Dios y no estamos a la altura de las circunstancias.

Convendrán conmigo que hay seguro algo extraordinario y que se nos escapa. Porque es difícil imaginar un AMOR así de grande, incondicional y abnegado. Y además muchas veces poco correspondido.

No sé qué pensarán, pero yo tengo claro que un año más tenemos ante nosotros el mismo misterio y que debemos ponernos en marcha.

Ha llegado el momento de acompañarle en su calvario, de arroparle y de escucharle, de agradecer su generosidad, de curar y aliviar sus heridas y de pedirle perdón, de renovar nuestra fe y de empezar de nuevo, de ser mejores cristianos y de invitarle a entrar en nuestro interior, porque sólo así podrá, de verdad, mover y cambiar nuestros corazones. Podrá, llenarnos de luz y esperanza.

Les pediría por un momento que se detuvieran a sentir su presencia entre nosotros en esta Iglesia dedicada a nuestra señora de los ángeles, aquí en San Francisco, en la que nos encontramos ahora. Hace ya más de un año, la radio, me trajo hasta aquí y al entrar y escuchar a Paco cómo nos contaba la historia de San Francisco sentí que estaba en un lugar muy especial.

Sin lugar a dudas esta ciudad lo es. Siempre me he ido de aquí mejor de lo que he llegado, de hecho, creo que vuestra ciudad me ha ayudado a ser mejor. Años jubilaes, programas nacionales, los milagros del santo, las ferias de la concepción, las doncellas y sobre todo el ejemplo de amor del santo han marcado mi trayectoria profesional y personal y han dejado una huella imborrable en mi corazón. Confío en que ahora este pregón de semana santa me acerque todavía más a Dios y me conecte aún más con todos vosotros. Creedme si os digo que me siento una vecina más de esta maravillosa ciudad.

Fíjense si Santo Domingo de la Calzada es especial que aquí decidió Domingo García, instalarse después de intentar empezar una nueva vida dedicada a Dios en los monasterios de Valvanera y San Millán de la Cogolla, a comienzos del Siglo 11.

Sus primeros años en tierras riojanas los pasa entre la oración y la penitencia preparándose para su gran vocación: ser buen samaritano y ángel protector de los romeros a Santiago. Y

además albañil, enfermero, hospedero y un apoyo importante para todo aquel que le necesitara. Un derroche de generosidad, amor y talento.

Echemos la vista atrás e imaginen ahora, por un momento, a Jesús llegando a Santo Domingo en aquellos años en los que nuestro santo mejoró los caminos y preparó los albergues para recibir y ayudar a los peregrinos. Yo le imagino descalzo atravesando, como un peregrino más, la famosa calzada que da nombre a esta ciudad, enormemente orgulloso y agradecido por su obra.

Los Peregrinos del siglo 21, continúan disfrutando hoy del legado de amor del Santo. Cientos de miles de peregrinos que nos visitan cada año en su camino a Santiago de Compostela, que atraviesan La Rioja cada uno con sus preocupaciones y sus inquietudes, pero todos ellos con algo en común: la luz de la presencia de Dios, que nos acompaña en cada paso por nuestro camino de la vida.

Pienso en el camino y no puedo evitar pensar también en la travesía de Jesús en el desierto, en sus 40 días de silencio y soledad, de miedo e incertidumbre, en su resistencia a las tentaciones y, como no, en su fortaleza. Un lugar inhóspito y duro, pero también de contemplación y paz para concentrarse en lo importante y encontrarse con Dios.

Un recorrido, que es un lugar de paso necesario para todos, un camino interior que simboliza la fe y que nos recuerda que somos frágiles.

Jesús camina por el desierto como los peregrinos a Santiago de Compostela y como nosotros lo hacemos hacia la vida eterna.

Los cristianos de hoy necesitamos fortalecer nuestra fe y necesitamos también ejemplos y espejos en los que mirarnos porque la Iglesia nos está llamando y nos necesita más que nunca. Debemos mirarnos más en Jesús.

Hoy quiero recordar que nuestra Iglesia, de la que todos formamos parte, tiene enormes

desafíos por delante y los laicos cobramos, cada vez, más protagonismo. La Iglesia nos pide que demos un paso adelante y que salgamos al encuentro de nuestros hermanos para llevarles un mensaje de esperanza. Aprovechemos la Semana Santa como un momento excepcional y de gracia para empezar otra vez. Pienso sinceramente que es una gran oportunidad para hacer crecer y renovar este compromiso.

Aunque no lo creamos, nosotros, podemos transformar nuestra realidad más cercana. El mundo mide lo que abarcan nuestros brazos, así me lo ha dicho siempre mi madre y es ahí donde podemos curar las heridas de quienes, como Jesús, están sufriendo y están cerca de nosotros. Podemos poner en práctica ese AMOR incondicional y abnegado, ese AMOR en mayúsculas del que les hablaba al comienzo de este pregón.

Y así lo hemos hecho y lo seguiremos haciendo cada vez que se nos necesite.

Pensemos en Valencia y en la tragedia de la DANA. España entera y también esta ciudad de

Santo Domingo, para orgullo de todos, se volcó desde el primer momento con el pueblo valenciano. Un ejército de voluntarios limpiando calles y casas, preparando comida y repartiendo todo lo que podían, una cadena humana de ayuda que fue ejemplo de nuestra mejor versión.

Experimento la misma sensación al contemplar la labor de una organización de la que como cristiana me siento tremendamente orgullosa. Les hablo de Ayuda a la iglesia necesitada y de su trabajo para combatir la pobreza, la discriminación o la persecución lejos de nuestras fronteras, en lugares como Ucrania (en esa guerra terrible que dura ya demasiado tiempo), Israel y Gaza, Tierra Santa, Nigeria, Pakistán, Siria, el Líbano, Nicaragua o Burkina Faso entre otros muchos.

Escenarios terribles en los que mueren miles de inocentes y en los que cientos de sacerdotes y religiosas se juegan la vida a diario, creo que hoy conviene que les recordemos y este pregón es un buen momento para honrar y aplaudir tanto amor y tanta valentía. Imaginen ahora a

Jesús caminando 2000 años después por cualquiera de estos lugares.

Nosotros aquí podemos estar a la altura y colaborar con ellos y además debemos hacer frente a otros desafíos que están en nuestro mundo como la amenaza del relativismo moral que tanto daño hace a nuestra religión y a nuestros valores.

Por eso, tenemos que estar unidos y recorrer este camino juntos. Así lo hicieron los primeros cristianos que siguieron a Jesús y tampoco fueron tiempos fáciles ni sencillos para ellos. Fueron capaces de vencer el miedo y a ellos les debemos lo que hoy somos nosotros. Sal de la tierra y luz del mundo.

Empecemos por lo que tenemos más cerca, en nuestras propias familias. Con los más pequeños de la casa que, como todos nosotros, tendrán que recorrer un camino, muchas veces, complicado a lo largo de sus vidas y que necesitan una hoja ruta.

Hoy quiero agradecer públicamente el mejor regalo que me hicieron mis padres y abuelos. Una fe que me ayuda a ser feliz y a sobreponerme en los días más sombríos y oscuros. Una fe y un ejemplo de vida, que hoy mi marido y yo tratamos de compartir con nuestra hija, ella es nuestro mayor tesoro. Esta tarde Alvaro, me acompañas aquí en un día muy importante para mí y quiero aprovechar la ocasión para recordarte cuanto te quiero y te necesito. Y también para agradecerte todo el amor que recibo cada día y que es mi principal motivación.

Me gustaría dirigirme ahora a los miembros de la Cofradía de la Santa Vera Cruz de Santo Domingo de la Calzada y a todos los que de una u otra manera hacéis que la semana santa de esta ciudad consiga brillar año tras año.

Vosotros sois uno de esos ejemplos de los que hablaba y de esos espejos en los que conviene mirarse porque a vuestros preparativos se unen cada año otras muchas personas que se miran en vosotros. Grupos de voluntarios que se

dedican a preparar y organizar los trajes y a repartirlos además entre aquellos que saldrán en las procesiones a las que asistirán el resto de vecinos y visitantes.

Hombres y mujeres que con sacrificio y duro trabajo conseguís transmitir la emoción y la profunda espiritualidad que marcan cada cuaresma y cada semana santa vuestras vidas.

Gracias a esa preciosa labor, nosotros podremos disfrutar de la belleza de los pasos, de la emoción de la música, impulsada por vosotros con mucho esfuerzo y éxito en los últimos años y de la vivencia de los últimos e intensos días de la vida de Jesús.

Un recorrido de pasión que convertís en una profunda experiencia de oración y de encuentro con Dios.

Y eso, es posible, gracias al empeño que ponéis cada día en vuestra colaboración altruista con la cofradía, y que, aunque hacéis con gusto y de corazón, implica mucho esfuerzo y hoy quiero agradeceróslo en nombre de todos.

Escribiendo estas líneas he pensado mucho en vosotros, en vuestras vidas y en vuestras historias personales. Seguro que muchos de vosotros sois cofrades porque lo fueron vuestros padres o abuelos. Una herencia que como la fe habéis querido cultivar con una enorme generosidad.

Además de la Cofradía de la santa vera cruz, que organiza la semana santa, vuestra parroquia cuenta con cuatro cofradías más: la del santo, la de san jerónimo Hermosilla, la del dulce nombre de Jesús y la de san isidro y todas colaboráis con la semana santa, distribuyendo y sacando los pasos de jueves santo y viernes santo junto a otras personas que también colaboran para que sea posible. Todos, tenéis mi agradecimiento y mi aplauso.

Me encantaría por un momento poder entrar en vuestro pensamiento y en vuestro corazón para poder sentir lo que vosotros sentís, permitidme que os diga que sois unos privilegiados acompañando al señor estos días. Como seguro que hacéis vosotros, nosotros

también pondremos nuestras peticiones y necesidades a los pies de la cruz, confiando en que la virgen nos presente algo de su serenidad y de su confianza en Dios, que tanto necesitamos.

Como dijo San Agustín “Cantar es rezar dos veces” y así lo sienten seguro en la banda de tambores y cornetas de la cofradía que toca en las diferentes procesiones y que fue impulsada con mucho esfuerzo en los últimos años. Paco me cuenta que trabajó personalmente para que saliera la banda y que desde luego ese esfuerzo ha merecido la pena.

Tenéis que saber en cada acorde de corneta o en cada golpe de caja o bombo, los asistentes rezamos y pedimos perdón, nos arrepentimos y nos llenamos de fuerza para empezar de nuevo.

En cada ir y venir de las baquetas está Jesús, el mismo Dios que encontró Santo Domingo entre los peregrinos, el mismo que nos acompaña en los mejores y peores momentos de nuestras vidas, el único capaz de amarnos por encima de

todo y de acompañarnos en las horas más inquietantes y cruciales de nuestras vidas.

Los cristianos nos dejamos llevar por nuestra fe y la manifestamos públicamente, en una muestra de fervor popular, de encuentro y de comunidad. Ese es, el único camino que debemos seguir en las tardes silenciosas de semana santa, sabiendo que Jesús está con nosotros.

Créanme si les digo que no hay una red social (ahora tan de moda) más potente que la del amor y la fe que nos unen por encima de todo. Aprovechemos para ponerla en valor y para reconectarnos entre nosotros y con las cosas que merecen la pena.

Me gustaría repasar brevemente algunos de los momentos más importantes de la celebración de la semana santa en santo domingo comenzado por el domingo de ramos.

La entrada triunfal de Jesús en Jerusalén, en la que un año más, saldrán los niños que este año harán la primera comunión llevando al hombro

una borriquita pequeña, para que puedan cargarla. Es la procesión de las palmas de olivo, de los caramelos, las sonrisas y la alegría de los más pequeños de la casa que verán también a la otra borriquita acompañada por los cofrades de la santa vera cruz y seguida también por los priores del resto de cofradías y por los miembros de la corporación municipal, un ayuntamiento por cierto muy comprometido con su semana santa y que colabora para que sea posible. (Y eso querido alcalde es muy de agradecer y celebrar) La procesión saldrá de este convento de san francisco y llegará hasta la catedral acompañada por la banda de tambores y cornetas.

Una mención especial merece también el besamanos de la virgen que podremos disfrutar el miércoles santo en San Francisco. Una tradición preciosa impulsada en los últimos años, animada también por la banda y que pone en un lugar relevante a la virgen de los dolores a la que todos los vecinos pasarán a saludar y a rendir homenaje.

Desde niña siempre he sentido una ternura infinita por la virgen y siempre me ha resultado muy fácil comunicarme con ella, creo sinceramente que es un poder y una capacidad de escucha que solo tienen las madres.

Hoy ya como madre que he tenido la fortuna de ser, nuestra relación ha crecido y mis ojos se reflejan en los de la virgen al ver a su hijo sufrir y asistir impotente a ese sacrificio. Cuanto dolor, cuanta generosidad, cuanto amor y cuanta fe. Cuantas cosas me sigue enseñando nuestra madre del cielo. Ella representa el amor sin límites, el “Amar hasta que duela” del que hablaba la madre Teresa y que siempre me ha sobrecogido.

Hoy quiero acordarme de todas las madres y también de las abuelas que a diario sufren por sus hijos o sus nietos, por su dolor, su enfermedad o su ausencia. Que la virgen de los dolores les de fuerza y consuelo y les ayude a sobreponerse ante la adversidad. Confío en que la Virgen acoja bajo su manto todas nuestras plegarias, ella que nos conoce mejor que nadie y sabe lo que necesitamos.

Los cristianos tenemos en el jueves santo un día para reflexionar sobre el amor. Jesús ya

hacía referencia al amor en la última cena. Un año más podremos disfrutar de ese precioso paso gracias a la colaboración del ayuntamiento de santo domingo con la cofradía dedicado a la última cena, en el que se hizo un esfuerzo económico importante y que sin lugar a dudas ha merecido la pena.

“Os doy un mandamiento nuevo: amaos los unos a los otros como yo os he amado. En esto reconocerán que sois mis discípulos: en el amor que os tengáis los unos a los otros.”

La verdad es que después de este mandamiento poco más se puede añadir, el mensaje es claro, los cristianos debemos ser un ejemplo de amor, pero un amor con compromiso y no sólo puramente sentimental. El amor del que habla Jesús engloba la solidaridad, la generosidad o el perdón que tenemos que intentar reproducir en nuestras familias y amigos. Y amar es también servir. Jesús se postra de rodillas ante sus discípulos como el santo ante los peregrinos para lavarles o curarles los pies. Un ejemplo precioso que nos anima a convertirnos en servidores de los más vulnerables o necesitados. Siempre me ha fascinado el voluntariado que no es otra cosa

que el servicio a los demás y hoy quiero acordarme de todos esos voluntarios que dedican su tiempo a quien lo necesita. Por las calles de Santo Domingo veremos el jueves santo los pasos de la última cena, la oración en el huerto, la flagelación, el ecce homo y la dolorosa. Y todos acompañados por la banda de tambores y cornetas y también por la banda municipal.

Otro momento que merece la pena destacar es el viacrucis del viernes santo, en el que el crucificado saldrá en procesión a las doce por el casco histórico y al que acuden muchas personas con gran devoción.

Ese día también veremos a la verónica, el descendimiento, el santo entierro y la dolorosa. Participan todas las cofradías con sus voluntarios y las mujeres tienen un papel relevante con la dolorosa a la que acompañan con fervor. De nuevo escucharemos a la banda de cornetas y tambores y a la banda municipal de música y veremos a la corporación municipal y al alcalde de la ciudad participar en un día tan importante para los cristianos.

Procesiones y pasos que nos ayudarán a revivir la crucifixión de Jesús y su muerte en el calvario. Una muerte injusta y cruel, pero al mismo tiempo necesaria. A través de su sufrimiento, Jesús nos salva y hace posible el gran plan de Dios: que todos vivamos de nuevo y para siempre. La semana santa no tiene sentido sin la resurrección. El domingo podremos ver una procesión preciosa y muy emocionante. De la catedral saldrá la virgen de los dolores para llegar hasta San Francisco. Allí se encontrará con el resucitado y juntos volverán en procesión a la catedral para asistir a la gran celebración de la eucaristía. Participa toda la ciudad, acuden muchos vecinos y como no la banda de tambores y cornetas.

El pregón que hoy he tenido el honor de pronunciar no significaría nada sin el pregón pascual y ahí está la gran noticia que he venido a contarles esta noche y de la que les hablaba al comienzo. Esa es la gran exclusiva: Cristo resucita y la muerte no es el final.

Queridos amigos lo mejor de tener fe es saber que vamos a vivir para siempre y que nos espera una vida eterna junto a Dios.

El sepulcro vacío no es el final de la historia, sino el principio y ahí es cuando el cristianismo cobra todo su valor. Jesús muere y resucita y rompe para siempre las cadenas de la muerte. Ese es el motor que debe impulsar nuestras vidas. Ojalá nos acompañe siempre la palabra esperanza. Para levantarnos cada día, para superar las dificultades y para afrontar el futuro con decisión y alegría. Todo lo que pongamos a los pies de la cruz será recibido.

Preparando este pregón han sido muchos los recuerdos de infancia que han venido a mi cabeza, las vacaciones de semana santa, los ramos de olivo y laurel, las torrijas, los buñuelos y los huevos de pascua, las procesiones y películas, mi madre y mis hermanos, mis abuelos y mis tíos, el calor de la chimenea y, sobre todo, esos momentos felices y en familia, acompañando a Jesús.

Autoridades, queridos miembros de la Cofradía de la santa vera cruz, amigos, señoras y señores, termino ya este Pregón, enormemente agradecida, inmensamente feliz y con el corazón lleno de esperanza.

Gracias Alvaro por compartir camino conmigo cada día. Tu y Vega sois la mejor compañía que podía tener.

Y Gracias querido Paco, por tu confianza, te confieso que necesitaba un pequeño paréntesis y este pregón, me ha inundado de amor, de fuerza y sobre todo de DIOS.

Que en los próximos días los tambores, que siempre nos han estremecido suenen atronadoramente en nuestro interior y que a nuestra memoria vengan todas las procesiones de Semana Santa, las que hemos vivido y las que están por llegar.

De momento se acerca la Semana Santa de este año 2025 y será muy especial. Les invito a que la vivan con pasión y deseo de corazón, que la próxima Pascua les llene como a mí de luz y alegría.

iii Buenas noches y muchas gracias!!!!